

MARÍA JOSÉ RUIZ para ERNESTO HITA

Acababa de inaugurarse el duodécimo mes, cuando, en mitad de la campiña cordobesa, allá donde enraízan las vides de cuya uva se extrae el zumo más antiguo y famoso de la provincia, tú, el mismo día que cuatrocientos cincuenta y uno años antes, muriese tu paisano Gonzalo Fernández de Córdoba, decidiste abandonar el apacible refugio que te brindaba el sagrado vientre de tu santa madre, mujer montillana de bandera, la más hermosa de la ciudad. Y al nacer, se cuenta que, en lugar de un desgarrador quejío flamenco, con dulce voz y una media sonrisa, canturreaste el “Set me free” que, de las Supremes, se escuchaba en las radios desde aquellas tierras lejanas en las que aquel año comenzaban a experimentar con la psicodelia.

Dramática y bella, como merecida primogénita de un hombre de muy buenas hechuras, gran amante de las artes escénicas y buena mano para el dibujo, creciste, envuelta en un halo de silencio y misterio, observando el mundo, mientras, sentada en el quicio de la puerta de tu casa, pensativa, jugabas a hacer girar de forma incansable las puntas de tus largos y míticos cabellos alrededor de tus dedos, dejando claro al mundo entero que tú no habías venido a él para tener que preocuparte ni ocuparte por los asuntos terrenales.

Pronto, sin que ningún esfuerzo te costara, de la forma tan natural con la que cualquier niño comienza a dar sus primeros pasos o decir sus primeras palabras, tus capacidades artísticas comenzaron a deslumbrar a quienes te rodeaban, pues mientras los otros niños trataban aún de captar la atención de sus mayores esforzándose en colorear sin salirse de la raya, tú, ya con una caja de doce lápices Alpino, estabas plasmando en el papel a cuadros de tu cuadernillo Rubio cuanto del mundo te cautivaba con la maestría de los realistas del Renacimiento, despreciando la normal y lógica primera etapa naíf del desarrollo creativo del ser humano, descubriendo así, de esa forma tan hermosa e inocente del “mamá, mira lo que hago”, que en tus genes, estaba ése con el que tan sólo unos pocos elegidos contáis y que tantos otros ruegan entre sollozos en sus rezos al Dios de las Musas, sin llegar ni tan siquiera a poder ser considerados unos meros mutantes. El gen Artista.

Sensual, femenina, con la tez de tu rostro de belleza babilónica siempre limpia, te vestes, siempre deslumbrante, con la infinita humildad que alberga tu sencilla persona, con la libertad que te permite la ausencia de complejos que, entiendo, te concede ese increíble don que, aunque perfeccionado con mucho esfuerzo y a conciencia, te ha regalado la naturaleza. Eres para mi uno de los muy escasos casos que conozco en los que realmente, el talento, ha superado al ego, hasta llegar prácticamente a ignorarlo.

Eres fiel de sentimiento y pensamiento, fiel al amor, platónico, imaginario, o físico y carnal, fiel a la amistad. Eres fiel a ti misma. Gran confidente. Con la capacidad de entender sin tener que escuchar, y de guardar los más íntimos secretos propios y ajenos con la confianza y discreción de una pared blanca de piedra encalada.

Culta, plurilicenciada, todos saben de tus increíbles dotes artísticas, pero nadie que no te haya recibido ataviado con su bata blanca, y a puerta cerrada en su consulta, imaginaría jamás que sabes más que él y toda su orla junta de medicina, y que, copa de champán en mano, entre bandejas de apetecibles canapés que fueran y vinieran, en un surrealista cóctel imaginario, reunión de genios, organizado en el cuarto de baño de azulejos azules alicatado de tu estudio, - ese estudio que corona la torre más alta del metafórico castillo en el que habitas, en el que, en soledad y sin más madrastra que la implacable autocrítica, te sumerges a diario en la extenuante búsqueda de la belleza y la perfección-, podrías conversar distendidamente, y a la vez, con Don Severo Ochoa, con la misma soltura en su materia con la que lo harías con el maestro Pablo Picasso, mientras Gala, delatándose celosa, pellizca con disimulo el brazo a su Dalí, entretanto él, ojiplático, trata sin éxito de descifrarte emperifollándose el bigote.

Si me pides que te describa, como amigo, para mí, María José, con todo el cariño que bien sabes que te tengo, así eres tú, preciosa bailarina de eterna orquídea de lienzo vestida que, danzando giras, entre pinceles y óleos, en tu caja de música, íntimo joyero de atesoradas emociones, mientras suena “Saucerful of Secrets”.

EL FOTÓGRAFO Y EL ARTISTA